

## RUIDO NOCTURNO

---

Seguía deambulando por el extenso laberinto de las calles, mientras me acomodo el cabello deseando que alguna vez se viera decente. Como siempre, salto la valla, el suelo me recibe con certeza. Abro la puerta desde adentro y me acerco al marco, esperando.

Dan las 8 aproximadamente, me adentro al edificio y voy al cuarto 193, me acerco a la ventana, me apoyo en ella, me apoyo en algo invisible, siento mi espalda entumecerse y decido salir, quisiera estar más cerca, más cerca de la continuidad, cerca del calor.

Doy pequeñas vueltas por los cuartos 184, 127 y 78, me pregunto siempre como el polvo sigue sin existir entre las sillas y el ruido de la habitación vacía, los hilos del movimiento se están entretejiendo, me están dando náuseas, necesito alejarme.

Mientras arrastro mis papeles por los cuartos, me tapo la boca, cada vez hace más ruido, cada vez hay más sosiego. Los lindos baños jamás arañados se cierran ante mí, no pude llegar de nuevo, la respiración no es suficiente, mis manos no son suficiente, correr no es suficiente.

Volví al cuarto inicial, me senté enfrente de la pizarra, mi rodilla se movía hacia abajo y arriba posteriormente, una y otra y otra vez. No pude, me paré, salí del cuarto con dirección a la azotea.

Tal vez aquí pasarían los gatos, tal vez, de aquí saltaría, si solamente importarán las ventanas de una esperanza. Si fuera a los patios, mis cenizas volverán a reconstruirse aún sin quererlo, ¿a dónde huyo?

Intento saltar a otra azotea, una a otra, buscando, mirando, anhelando. Al final, siempre llegaré al mismo lugar. No importa si las espinas rodean mi cuello y me sacan todos los pensamientos al desollarme.

Dejo de mover los pies, mirando atrás, viendo en donde terminé de intentarlo, fue una distancia considerable. Me acerco a la orilla del tejado, mirando para abajo, lo único que pensé, fue el solo el sonido rojo de las paredes, cada vez más pequeño el sonido, más agudo.

Busco un aliento en todas las sombras que están presentes, objetos intermitentes de una vida a punto de explotar, aún sigo pensando en todas esas veces que pude oír los susurros, solo un instante.

Si tengo que llegar a decir algo honesto, diré que las luciérnagas no siempre traen luz.

Me separé del borde un poco más y pude tal vez vivir, pero la cobardía a los ojos de un farol siempre brillará más. Tenía que regresar, tal vez, así encontraría algunas cosas fuera de lugar, tal vez, así llegaría a diferenciar algunos sentimientos, tal vez el calor no sería tan distante.

Paso a paso, imagino algo que nunca complementará la pieza faltante en el rompecabezas del cielo que veo día a día, emocionándome por sentir desesperación, a pesar de que mis órganos

se desgarran completamente, es una de las pocas cosas que conozco bien, gracias a este sentimiento; siento que perdí algo, como si alguna vez algo me perteneciera, pero todo es mío, todo le pertenece a la noche.

Al llegar al edificio, vuelvo a la azotea y me muevo hacia los salones, ojalá algo haya destrozado las mesas, roto las sillas o una nota insultándome. Pero llego al mismo cuarto, y veo la silla que dejé fuera de lugar en su lugar, tal vez mañana.

Veo el sol más para el lado del oeste, es tiempo de irme, devuelvo la silla a su lugar, acompañando al escritorio, también solitario.

Paso otra vez por los cuartos 184, 127 y 78, todo igual. Deseo sin sentido, sabiendo que es tonto anhelar sin precedentes, pero sigo con el corazón en la mano, codiciando la aurora de una mañana.

Tengo la necesidad de perder, tengo la necesidad de hablar, tengo la necesidad de romper el silencio, pero solamente las flores escucharían lo que tengo para expresar, si pudiera haría que mi mente hiciera hablar a los pétalos, así el ruido pararía, así el ruido llegaría a desaparecer por un momento.

Vuelvo a encontrarme en la entrada del edificio, lo cierro desde adentro, salto la valla y me dirijo a casa.

Miedo, a veces es lo único diferente, los gritos diferentes, las desesperaciones diferentes hacen que mi mente descanse entre las aceras de la calle en la que camino.

Llego a “mi casa” porque en realidad nunca me ha pertenecido, me acuesto en “mi cama”, donde solo la luz alumbra, donde hay más frío que nunca, donde podrían acariciar mi espalda, donde se podrían acurrucar en mí, quisiera ver algo dormir y alcanzarlo, tocarle la espalda, pero sé que en esta noche solo me acariciará la Luna.

Duermo nuevamente, mientras mi sombra me acompaña, fundiéndose en el piso, donde al menos ella tendrá cercanía.

Despierto, abro los ojos, los párpados duelen, pero acaricio ese dolor consiente, provocado únicamente por las botas a mis pies, me punza lentamente, quizá termine arrancándome la boca para que deje de punzar constantemente, quiero que pare ese burbujeo, pero sé que me hace bien, sé que lamentaría mucho evitar ese castigo.

Me duelen los cachetes, creo que es por no usarlos por un tiempo, agonizan, ruegan porque los mueva. Aunque deberían darse por vencidos, como yo renuncié a utilizarlos.

Intento seguir, aun cuando mi cuerpo pide piedad, cuando las ampollas en mis pies de tanto caminar, están a punto de reventar. Porque tengo que seguir, tengo que hacerlo, porque al final los grillos nunca han atacado a las libélulas.

Espero de nuevo en el salón, camino de regreso a casa, sigo anhelando, solo la noche me escucha, solo en la noche mi sombra puede hablar con el grillo de plástico que hay de la ventana.